



y por más esfuerzos que hicieron caballo y carretero, el carro no pudo adelantar un paso, cual si estuviese clavado en el punto más pendiente de la cuesta.

—Es una atrocidad, dijo el cabo, agobiar de tal modo á ese pobre animal. ¿No véis que lleva doble carga de la que puede arrastrar?—¡Lástima, dijo un soldado, que el sargento haya despedido á aquel gigante! Lo habríamos enganchado junto al caballo, y de seguro habría sacado de apuros á ese pobre hombre.—Yo lo creo, dijo otro; el caso está en saber si se habría dejado enganchar.

Si el que acababa de pronunciar esas palabras hubiese visto lo que sucedía en la trasera del carro, habría notado que efectivamente tenía razón, y hubiérase explicado la dificultad que el caballo experimentaba en arrastrarlo, pues la ocasionaba el mendigo, quien tirando de la barra que sostenía la carga por detrás, y oculto en las tinieblas, oponía su fuerza á la del caballo con éxito superior al que obtuvo aquella tarde en sus asombrosos ejercicios.

—¿Queréis que os ayudemos? preguntó el cabo.—Dejad que pruebe otra vez, respondió el carretero ladeando el carro para disminuir la rapidez del declive.

Y asiendo de la brida arreó reciamente de palabra y obra al caballo, mientras los soldados unían á las suyas sus excitaciones; después de un supremo esfuerzo que hizo brotar de los guijarros millares de chispas, cayó el animal, y como si las ruedas hubiesen tropezado con algún obstáculo que las desequilibrase, inclinóse el carro á la izquierda y volcó junto al edificio.

Acudieron los soldados á desenganchar el caballo, y gracias á su precipitación no repararon en Polilla, quien contento ya con haberse deslizado bajo el carro para hacerle perder el equilibrio con sus hercúleas espaldas, marchábase tranquilo desapareciendo detrás de un vallado.

—¿Quieres que te ayudemos á levantar el carro? preguntó el cabo al carretero. Habrás de ir á buscar un caballo de refuerzo.—No ¡por vida mía! contestó el carretero; mañana será otro día: pues Dios no quiere que pase adelante, hágase su voluntad.

Echó el carretero los arreos sobre el caballo, y montando en él se alejó después de dar las buenas noches á los soldados. A doscientos pasos del cuerpo de guardia se le acercó Polilla, y al verle le dijo:

—¿Qué tal? ¿lo hice bien?—Sí, contestó el mendigo; tal como lo había dispuesto Poca-Alegría.—¡Buena suerte! Voy á volver el caballo al paraje de donde lo he sacado; cuando el amo del carro lo busque, quedará parado al verlo allá arriba.—Dile que se ha hecho por el bien de nuestra causa, y verás como no replica.

Alejóse el aldeano y Polilla siguió rondando por aquellos alrededores hasta que oyó dar las once en Saint-Colombin. Subió entonces al puesto con los zuecos en la mano, y acercándose calladito á la lumbrera del calabozo, sacó con mucho cuidado el heno del carro y exparcíolo por el suelo para formar un lecho sobre el cual derribó lentamente la muela; en seguida inclinóse, rompió la tablazón que cerraba el respiradero por dentro, tiró de Alain que Michel impelia por detrás, y luego sacó al barón tendiéndole las manos; hecho lo cual, Polilla se los cargó en hombros y alejóse descalzo del puesto sin que, á pesar de su corpulencia y de la doble carga que llevaba, hiciera más ruido que un gato andando sobre una alfombra. A unos quinientos pasos se detuvo obedeciendo una indicación de Poca-Alegría. Bajó Michel, y sacando un puñado de monedas, algunas de oro, púsolo en la ancha mano de Polilla; éste iba á metérselo en la faltriquera, cuando Alain le contuvo diciéndole:

—Vuélvolo al señor: nosotros no comemos á dos carrillos.—¿Cómo? preguntó Michel.—No debéis estarnos tan agradecido como quizás creéis.—No os comprendo, dijo el barón.—Ahora que estamos fuera de la maldita bodega, puedo confesaros que falté á la verdad cuando os dije que me había hecho prender sólo con el objeto de libertaros; ya comprendéis que necesitaba vuestro auxilio. Ya que gracias á vuestra buena voluntad y á la fuerza hercúlea de mi amigo Polilla hemos logrado evadirnos tan fácilmente, os confieso que no habéis hecho más que mudar de prisión.—¿Qué queréis decir?—Que há poco os encontrabais en una húmeda y estrecha cárcel, y si bien os véis ahora en el campo, no por esto dejáis de estar preso.—¿Y de quién soy prisionero?—¡Toma! de mí.—¿De vos? exclamó riendo el barón.—Por ahora sí; y por más que os asombre, sois mi prisionero hasta que os haya puesto en manos de quien os reclama.—¿Qué manos son esas?—Pronto lo sabréis; yo no puedo hacer más que cumplir mi encargo: sólo os diré que peor suerte os podía haber cabido.—Acabemos....—A eso voy. Hanse

invocado algunos beneficios que se me hicieron, y dando una buca propina á nuestro amigo Polilla, me han dicho: Libertad al barón Michel de la Logerie y traedlo; os he libertado y os llevo.—Oid, replicó el mancebo sin comprender nada de cuanto le decía el posadero de Montaigu; aquí tenéis mi bolsillo, y en cambio acompañadme hasta el camino de la Logerie, á donde deseo volver esta misma noche.

Michel creía que sus dos libertadores habían encontrado mezquina la gratificación, atendida la importancia del servicio que le habían prestado.

—Señor, contestó Poca-Alegría con toda la dignidad de que era capaz, mi camarada no puede aceptar esa recompensa, porque le han pagado para hacer todo lo contrario de lo que pedís; y en cuanto á mí, si no me conocéis todavía, voy á hacer que me conozcáis: soy un honrado negociante que por algunas diferencias de opinión con el gobierno he tenido que abandonar mi domicilio; pero por pobres que sean mis apariencias, sabed que no vendo los favores.—¿A dónde diablos vais á llevarme? preguntó Michel admirado de semejante réplica.—Hacednos el obsequio de seguirnos, y os prometo que antes de una hora lo sabréis.—¿Seguirnos cuando me decís que soy vuestro prisionero? ¡Tendría que ver!

Sin contestar hizo Poca-Alegría una seña á Polilla, y antes que el mancebo acabara la frase este extendió el brazo y le asió por el cuello. El barón quiso gritar; prefiriendo estar en poder de los soldados primero que de Polilla; mas éste le puso la otra mano en la boca á guisa de mordaza, y así corrieron unos setecientos pasos á campo travieso, de modo que medio suspendido Michel en el aire pendía de la mano del coloso rozando el suelo con la punta de los pies.

—Basta, Polilla, dijo Alain sentado en los hombros del mendigo; el barón habrá desistido de su idea de volver á la Logerie, y por otra parte nos han recomendado mucho la mercancía para que la llevemos averiada. Vamos á ver, dijo luego al fatigado barón mientras Polilla hacía alto por un momento; ¿seréis ahora más razonable?—Es menester que me resigne, ya que sois más fuertes que yo y no tengo armas para defenderme de vuestros malos tratamientos.—¡Malos tratamientos! ¿queréis callar? Si persistís en afirmarlo, os preguntaré si no es cierto que así en el calabozo de los azules como por el camino no habéis cesado de decirme

que queríais volver á la Logerie, y si no es cierto también que esa obstinación es la que nos ha obligado á usar de violencia.—A lo menos decidme quién os ha enviado para libertarme.—Me está absolutamente vedado, contestó Alain; mas sin contravenir á las órdenes que he recibido, puedo deciros que es una persona muy amiga vuestra.

Helósele á Michel el corazón, pensando que Berta había recibido la carta, que la ofendida Loba le esperaba, y por más penosa que le fuese una explicación, la delicadeza le obligaba á no rehuirla.

—Ya sé quién me aguarda, dijo.—¿Sí?—Es la señorita de Souday.

Alain no contestó y miró á su compañero con un aire que parecía decir: lo ha adivinado. El barón notó y comprendió la mirada y dijo:

—Adelante.—¿No trataréis ya de escaparos?—Nó.—¿Palabra de honor?—Palabra de honor.—Siendo así, os daremos un medio para que no os destrocéis los pies con los abrojos, ni os atasquéis en algún lodazal de esos que nos cargan las botas con media arroba de peso.

No tardó el mancebo en comprender esas palabras, pues habiendo Polilla atravesado el camino á cuya orilla se encontraban, apenas dieron cien pasos por el bosque, cuando oyó el barón un relincho.

—¡Mi caballo! exclamó sorprendido.—¿Creíais acaso que os lo habíamos robado? preguntó Alain.—Pues ¿por qué no os encontré en el paraje en que os lo dejé?—Por una razón muy sencilla: habíamos visto vagar en torno nuestro algunos pajarracos que nos miraban con mucho interés, y como no nos gusta la gente curiosa y pasaban horas tras horas sin que parecieseis, nos hemos decidido á volver vuestra cabalgadura á la Boulevre, á donde creíamos que regresaríais si no os prendían, y por el camino hemos visto que estabais en libertad todavía....—¿Todavía?—Sí, pero luego os han cogido.—¿Estábais cerca cuando me han prendido los gendarmes?—¿Sabéis, caballero, contestó Alain, que tenéis que ser muy inexperto cuando de tal modo hacéis calendarios en mitad del camino en vez de observar lo que pasa á vuestro al rededor? Más de diez minutos había que debíais haber oído el trote de sus caballos, pues nosotros lo oíamos muy distintamente, y podíais emboscaros como nosotros.

Pensando Michel en lo que tan absorto le tenía en el mo-

mento que Poca-Alegría le recordaba, exhaló un gran suspiro, y montó á caballo en tanto que Alain trataba de indicarle á Polilla el modo de tener el estribo. En seguida volvieron al camino, y apoyando el mendigo la mano en el cuello del caballo, siguióle así hasta que al cabo de media legua tomaron por un atajo que á despecho de la oscuridad conoció Michel por el aspecto de la arboleda. Pronto llegaron á una encrucijada á cuya vista se estremeció el mancebo, acordándose de que la había atravesado la noche que por primera vez acompañaba á Berta. Dirigíanse los viajeros á la choza de Tinguy, donde á pesar de lo avanzado de la hora se veía brillar una luz, cuando de pronto salió de un huerto, que con el sendero lindaba, un grito, al cual contestó Alain inmediatamente.

—¿Sois vos, Poca-Alegría? preguntó una voz femenil, al propio tiempo que una forma blanca asomaba la cabeza por el vallado.—Sí, y ¿vos quién sois?—Rosina, la hija de Tinguy. ¿No me conocéis?—¡Rosina! murmuró Michel, cuya presencia le confirmó en la idea de que era Berta quien le esperaba.

Deslizóse Alain con su habilidad de mono á los piés de Polilla, encaminóse al seto saltando como un sapo, y en tanto que su compañero vigilaba al barón, dijo acercándose á Rosina:

—¡Cáspita! la noche es oscura como boca de lobo, y lo blanco parece pardo. ¿No es en tu casa la cita? continuó bajando la voz.—Sí; he venido porque hay gente en ella y no podéis ir con el señor barón.—¡Cómo! ¿Es decir que esos condenados azules están en todas partes?—No son soldados, sino Juan Oullier y algunos mozos de Montaigu.—¿Qué hacen?—Están hablando; entrad y echaréis un trago, que os fortalecerá el estómago.—¡Que me place! ¿Qué haremos de ese señorito?—Dejadlo por mi cuenta; ¿caso no lo habíamos convenido así?—Cierto; pero en tu casa habríamos encontrado alguna bodega ó granero para encerrarle fácilmente, pues es manso como un cordero; mientras que á cielo descubierto nos arriesgamos mucho á perderlo, pues sabe escurrirse como una anguila.—Nada temáis, dijo Rosina con la sonrisa rara y triste que acostumbraba desde la muerte de su padre y de su hermano. ¿Creéis por ventura que se hará de rogar mucho más para seguir á una linda muchacha que á dos vejestorios como vosotros?—¿Y si el prisionero se lleva

al guarda?—Perded cuidado, tengo los piés y los ojos muy buenos, y muy firme el corazón; además, el barón es mi hermano de leche, y hace ya mucho tiempo que nos conocemos. En fin, ¿qué encargo os han dado?—El de libertarle si podíamos, y llevarle de buen ó mal grado á la casa de tu padre, donde debíamos encontrarte.—¿Sí? pues héme aquí; la casa la tenéis delante, y el pájaro salió de la jaula: con que nada más os toca hacer.—¡Pardiez! claro está.—Pues ¡buenas noches!—Dí, Rosina, ¿no podríamos, para mayor seguridad, atarle un hilo á la pata?—Gracias, Alain: podéis guardarlo para vuestra lengua.

A pesar de haber permanecido á alguna distancia de los dos interlocutores, Michel oyó el nombre de Rosina, lo cual le confirmó todavía más en sus sospechas. Además, la conducta de Alain, la violencia con que se había conducido por medio de Polilla, la discreción del posadero acerca del origen y causa de su abnegación respecto de un hombre á quien apenas conocía, concordaban perfectamente con la irritación que á su vez debía haber causado á la irascible Berta la carta que para ella entregó al notario.

—No sois vos como ese tonto de Alain que se empeñaba en no conocerme, ¿no es verdad, señor Michel? dijo Rosina.—Nó por cierto. Ahora dime.—¿Qué?—¿Dónde está la señorita Berta?—No lo sé, respondió Rosina con una sencillez que Michel apreció al instante en su justo valor.—¿No lo sabes?—Nó señor.—¿No la has visto?—Nó; sólo sé que tenía que ir al castillo con el señor marqués; yo estaba en Nantes.—¡En Nantes! exclamó el mancebo. ¿Has estado hoy en Nantes?—Cierto que sí.—¿A qué hora?—Daban las nueve cuando atravesábamos el puente Rousseau.—¿Ibas sola?—Nó, he acompañado á la señorita Mary; eso ha retardado el viaje, porque han tenido que irme á buscar al castillo.—¿Y en dónde está ahora la señorita Mary?—En el islote de la Jonchère, á donde voy á acompañaros. ¿Sabéis que me hacen gracia vuestras preguntas?—¡Vas á llevarme á su lado! exclamó Michel loco de júbilo. Vamos, vamos pronto, querida Rosina.—¡Digo! y ese tonto de Alain que decía que sería difícil de llevaros. ¡Habrás visto animal!—Rosina, por Dios, no perdamos tiempo.—Pues no pido yo otra cosa; para ir más aprisa tendríais que llevarme á la grupa.—Con mil amores, exclamó Michel, que á la sola idea de ver á Mary había desechado toda sospecha celosa, rebotando de júbilo al

pensar que su amada se había ocupado tanto en salvarle.—Dadme la mano, dijo Rosina apoyando el pié en el del mancebo.

Y sentada en la grupa, continuó:

—Tomad á la derecha.

Obedeció el joven sin pensar ya en Polilla ni en Poca-Alegria, pues en aquel instante todo el mundo para él se encerraba en Mary. A corto trecho, deseando el barón hablar de Mary, preguntó á su compañera:

—¿Cómo ha sabido la señorita que me habían prendido los gendarmes?—Es preciso tomarlo de más lejos.—Tómalo de tanto como quieras, pero contesta, pues ardo en deseos de saberlo. ¡Cuán hermosa es la libertad, sobre todo cuando me proporciona ver á Mary!—Debo deciros, señor barón, que hoy al amanecer ha venido la señorita Mary del castillo de Souday, y rogándome que la prestase mi vestido nuevo, me ha dicho: Rosina, vente conmigo.—Sigue.—Entonces hemos tomado el camino de Nantes como dos verdaderas aldeanas, llevando dos cestos de huevos. Allí llegadas, mientras yo los estaba vendiendo, la señorita ha ido á hacer sus diligencias.—¿Cuáles eran? preguntó el barón recordando al joven disfrazado de aldeano á quien había visto por la mañana con Mary.—¡Cáspita! lo ignoro, contestó Rosina; y sin reparar en el suspiro que exhaló el mancebo, añadió: como la señorita estaba muy cansada, pedimos al señor Lorient nos llevase en su carruaje; por el camino nos hemos detenido para dar pienso al caballo, y mientras el notario estaba hablando con el posadero sobre el precio de los granos, nosotras hemos ido al huerto, porque todos los aldeanos se hacían ojos mirando á la señorita, que por cierto era demasiado hermosa para aldeana. Entonces empezó á leer una carta que la ha hecho llorar á mares.—¿Una carta?—Sí, una que el señor Lorient la entregó por el camino.—¡Mi carta! exclamó el barón; ¡ha leído mi carta á su hermana! ¡Oh!...

Y detuvo al caballo no sabiendo si alegrarse ó apesadumbrarse de este acontecimiento; mas Rosina, que no comprendía la causa de aquel alto, exclamó:

—¿Qué estáis haciendo?—Nada, nada, contestó el barón aflojando la rienda.

El caballo tomó el trote y Rosina prosiguió su relato:

—Llorando estaba con aquella carta á la vista, cuando de pronto oímos que nos llamaban del otro lado de la cerca, y

al aproximarnos vimos que eran Polilla y Alain. Nos contaron el lance que os había sucedido, y preguntaron á la señorita qué habían de hacer de vuestro caballo. ¡Ah! ¡si la hubieseis visto, señor barón! demudóse mucho más que al leer la carta, y tanto le dijo á Poca-Alegria, que el pobre hombre, que debe algunos favores al señor marqués, se decidió á tratar de libertaros. Excelente amiga tenéis, señor Michel.

Tan embelesado escuchaba el mancebo, que hubiera dado una moneda de oro por cada sílaba del relato de Rosina: y pareciéndole que el caballo iba muy despacio, rompió una rama de nogal para hacerle andar tan aprisa como los latidos de su corazón.

—¿Por qué no me has aguardado en casa de tu padre? preguntó el barón.—Así pensábamos hacerlo y nos apeamos allí con intento de ir á pié á Souday: la señorita había encargado á Alain que os llevase al castillo y no os dejase volver á la Boulevre antes de verme; mas no lo ha querido así la desgracia, pues nuestra casa, tan solitaria desde la muerte de mi padre, ha estado llena de gente toda la noche como una posada. Al cerrar la noche, la señorita Mary, que estaba escondida en la guardilla, me ha rogado que la acompañase á un sitio donde pudiese hablaros sin testigos si Alain conseguía libertaros, y... Pero hénos ya á la altura del molino de San Filiberto, y pronto veremos el lago de Grandlieu.

Esas palabras le costaron al caballo del barón un fuerte varazo, pues al oír que estaban ya cerca de Mary, comprendió Michel que se acercaba el desenlace de aquella extraña situación. Sabiendo Mary que por amor á ella había rechazado el mancebo la unión que le habían propuesto, no se ofendía de ello, pues el interés que le profesaba la inducía á prestarle un gran servicio aun á costa de su reputación; en cuanto á Michel, por tímido y apocado que fuese, sus esperanzas rayaban tan alto como las pruebas de afecto que le parecía recibir de Mary; juzgaba imposible que la joven que arrostraba las hablillas del vulgo, el enojo de su padre y los reproches de su hermana para salvar á un hombre cuyo amor y esperanzas conocía, se negara á los deseos de este amor y á la realización de estas esperanzas; y columbraba el horizonte de su porvenir nebuloso todavía aunque con rosados celajes, cuando el caballo empezó á bajar la colina que linda al sudeste con el lago de Grandlieu, cuya superficie relucía en la oscuridad como un espejo de acero.

—¿Hemos llegado? preguntó á Rosina.—Sí, contestó ésta echando pié á tierra; apeaos y seguidme.

Hizolo el barón é internóse con la moza entre los juncales, donde ató el caballo al tronco de un sauce; anduvieron como unos cien pasos hasta llegar á una especie de caleta á cuya orilla había una barquilla amarrada, y al entrar en ella quiso el barón asir los remos; mas conociendo Rosina que no era muy ducho en aquel ejercicio, púsose á bogar diciéndole:

—Yo lo haré mejor que vos; muchas veces llevé así á mi padre cuando iba á tender las redes en el lago.

Al decir la joven esas palabras, levantó sus hermosos ojos al cielo como buscando al anciano, y desprendiéronse de ellos dos gruesas lágrimas.

—Díme, preguntó Michel con el egoísmo propio del amor, ¿sabrás encontrar la isla de la Jonchère con esta oscuridad?—Mirad, contestó Rosina sin volver la vista, ¿no véis algo en el agua?—Sí por cierto: veo una cosa parecida á una estrella.—Esa estrella la tiene en la mano la señorita Mary, que nos habrá esperado y viene á recibirnos.

El barón hubiera querido echarse á nadar para llegar más pronto á la isla, pues la barquilla adelantaba con lentitud á pesar de la habilidad de Rosina, y parecíale que jamás llegaría á salvar la distancia que aun le separaba de la luz. Sin embargo, cuando estuvo bastante cerca del islote para distinguir el único sauce que en él había, no vió á Mary á la orilla. La luz era una fogata de ramas de rosal que ella había encendido sin duda y que ardía lentamente á la margen del lago.

—¡Rosina! exclamó Michel fuera de sí levantándose con tal ímpetu que estuvo á pique de hacer zozobrar el bote; yo no veo á Mary.—Estará en la choza del acecho, contestó la doncella saltando en tierra; tomad una de esas ramas encendidas y hallaréis la choza en la parte más ancha de la otra orilla.

Hizo Michel lo que Rosina le indicaba y dirigióse presuroso hacia la choza.

El islote tendría unos trescientos metros cuadrados, y estaba cubierto de juncos en sus declives, inundados en invierno por las lluvias que hacían subir las aguas del lago. En el sitio más elevado había construído el viejo Tinguy una chozuela donde en las largas noches de invierno acechaba los patos.

Cualesquiera que fuesen sus esperanzas, al acercarse Michel á la choza sintió que el corazón le latía con tal violencia, que parecía querer saltársele del pecho, y no tuvo valor para poner la mano en el pestillo de la puerta. Mirando entonces por un cristal que en la misma había, vió á Mary sentada en un haccillo de juncos y con la cabeza sobre el pecho, y á la luz de una lámpara, que sobre un escabel ardía, parecióle divisar dos lágrimas en sus párpados. Creyendo que las vertía por causa suya, depuso su timidez, empujó la puerta, y echóse á los piés de la joven exclamando:

—¡Mary, Mary! los amo!...

### XIII

EN DONDE LOS SUCESOS NO PASAN COMO IMAGINA EL LECTOR

Aunque resuelta Mary á conservar su imperio sobre sí misma, fué tan súbita la entrada de Michel, tan suplicante y amorosa su invocación y vibraba su voz con tal acento, que el seno de la niña palpitaba conmovido, sus manos temblaban, y las lágrimas que el mancebo creyó entrever en sus ojos se desataban y caían cual líquidas perlas sobre las manos del barón que estrechaban las suyas. Afortunadamente estaba Michel muy agitado para observar la emoción de Mary, y reponiéndose esta antes de que él la hablase, desvióle suavemente y miró en torno mientras el mancebo clavaba en ella la vista inquieta é interrogadora.

—¿Por qué habéis venido solo? preguntó Mary. ¿Dónde está Rosina?—Y vos, dijo el mozo con dolorido acento, ¿por qué no os entregáis de todo corazón al júbilo de volvernos á ver?—Amigo mío, contestó la joven recalando estas palabras, creo que ahora tenéis menos derecho que nunca á dudar del interés que por vos me tomaba.—Nó, exclamó el

barón tratando de asirla otra vez las manos; nó, pues os debo la libertad y probablemente la vida.—Sin embargo, dijo Mary haciendo un esfuerzo para sonreirse, estamos solos, y por más Loba que sea, querido señor Michel, sé que no debo faltar á las leyes del decoro; con que hacedme el obsequio de llamar á Rosina.

Exhaló Michel un hondo suspiro y permaneció de hinojos derramando copiosas lágrimas, mientras Mary volvía el rostro para no verlas, y al ir ésta á levantarse, él la detuvo. Era el pobre mozo muy poco conocedor del corazón humano para notar que otras veces no había Mary manifestado ningún recelo de tener con él una entrevista tan solitaria como aquella, y para deducir de esa desconfianza de sí misma una consecuencia favorable á sus amorosas esperanzas; muy al contrario, sus deliciosos sueños se desvanecían como el humo, y hallando de pronto á la doncella tan fría é indiferente como pocos días antes, exclamó con acento de dolorosa reconvencción:

—¡Ah! ¿por qué me habéis salvado? los soldados quizás me habrían pasado por las armas, y á lo menos hubiera muerto con la ilusión que ahora acabo de perder. ¿Qué me importa la vida, si no me amáis?—¡Michel! called por Dios.—Lo he dicho y lo repito.—Vamos, reportaos y no seáis niño, replicó Mary afectando un tono maternal. ¿No véis que me hacéis sufrir?—No lo creo.—¿Dudáis de mi sincera amistad?—¿Creéis que me basta ese sentimiento?—Amigo mío, dijo Mary haciendo un poderoso esfuerzo: lo que vos me pedís, Berta os lo ofrece; estad seguro de que os ama como vos queréis y merecéis serlo.

La voz de Mary temblaba al decir estas palabras, y moviendo el barón la cabeza contestó con un suspiro:

—¡Si no es ella! ¡si no es ella!—¿Por qué, prosiguió Mary fingiendo no haber reparado en aquella exclamación; por qué le habéis escrito una carta que la hubiera desesperado?—¿Ha llegado pues á vuestras manos?—Sí, y ha sido una gran felicidad, á pesar del dolor que me ha causado.—¿La habéis leído toda?—Sí, contestó la joven bajando los ojos ante la mirada suplicante del barón; la he leído, y por lo mismo he querido hablaros antes que vieseis á Berta.—¿No habéis comprendido, Mary, exclamó el barón juntando las manos, que á Berta sólo puedo amarla como á una hermana?—Nó, contestó Mary; lo que he comprendido es que sería para mí

una horrible desgracia el causar la de mi hermana, la de mi pobre hermana á quien tanto amo.—¿Qué queréis pues de mí?—Lo que quiero, lo que os suplico, es que sacrifiquéis un sentimiento que aun no ha tenido tiempo para echar hondas raíces en vuestro corazón; que renunciéis á una predilección injustificada y á una pasión que á los tres nos sería fatal.—Pedidme la vida, Mary; puedo matarme ó hacerme matar, nada más fácil; pero no me pidáis que deje de amaros, porque es imposible.—Sin embargo, es preciso, Michel, dijo Mary con acento cariñoso; nunca alentaré el amor de que habláis en vuestra carta: lo he jurado.—¿A quién?—A Dios, y á mí.—¡Ah! exclamó Michel prorrumpiendo en sollozos. ¡Y soñé que me amaba!

Parció á Mary que cuanto más crecía la exaltación del mancebo, tanto más fría y reservada debía mostrarse, y contestó:

—No creáis que os hable solamente en nombre de la razón, sino también como buena y sincera amiga, rogándoos que olvidéis á la que no puede ser vuestra y consagréis vuestro corazón y vuestro cariño á la mujer con quien estáis por decirlo así desposado.—¡Oh! ya sabéis que esos desposorios son efecto de una equivocación de Petit-Pierre, pues no ignoráis cuáles son mis sentimientos desde aquella noche en que los soldados entraron en el castillo, y por cierto que entonces no los rechazasteis: vuestras manos apretaban las mías; yo estaba arrodillado ante vos como ahora, vuestra cabeza se inclinaba hacia mí, y vuestros hermosos cabellos me acariciaban la frente. Hice mal en no revelar á Petit-Pierre el nombre de mi amada, mas no podía suponer que se me creyese enamorado de otra que de vos, siendo mi maldita timidez la causa de que me vea separado para siempre de la mujer á quien amo, y para siempre unido á la que no puedo amar.—La falta que tan ligera os parece la encuentro irreparable, pues no puedo ser feliz á costa de la dicha de mi hermana.—¡Dios mío! ¡Cuán desgraciado soy!—Comprendo vuestro dolor; pero es preciso tener entereza de ánimo en la adversidad. Valor, amigo mío, que ese amor irá desapareciendo poco á poco de vuestro corazón; y si conviene me alejaré de vos.—¡Separaros de mí! ¡jamás! El día que os vayais me iré también.—Pues me quedaré, y cuando seais feliz, cuando estéis casado con Berta...—¡Nunca!—Sí, amigo mío, Berta os conviene más que yo, os ama

mucho más de lo que podéis figuraros, y creed que ese sacrificio os será muy bien recompensado.

Fingía Mary una calma que estaba muy lejos de tener, pues su agitación y palidez revelaban el estado real de su ánimo, y habiéndola Michel escuchado con febril impaciencia, exclamó:

—No habléis así. ¿Creéis acaso que el curso de las afecciones es como el río que un ingeniero encauza entre las orillas de un canal, ó como la parra cuyas ramas se extienden en la dirección que les da el hortelano? Nó, mil veces nó; os amo á vos sola, Mary; no puedo olvidaros, y aunque me lo propusiera no lo lograría. ¡Ah! desgraciado de mí si os casarais con otro! exclamó Michel alzando las manos al cielo con desesperación. — ¡Michel! exclamó exaltada Mary, haced lo que os pido, y os juro por lo más sagrado no pertenecer más que á Dios; nunca me casaré: vuestro será mi cariño, nó un cariño pasajero que puede el tiempo disipar ó un hecho destruir, sinó el cariño engendrado por la gratitud, porque os deberé la felicidad de mi hermana, y os bendeciré toda mi vida. — El afecto que profesáis á vuestra hermana os extravia, respondió Michel; vos sólo pensáis en ella sin imaginar que el unir mi existencia á la de una mujer que no amo equivale á imponerme un eterno suplicio: no puedo resignarme á tamaña desdicha. — Sí, amigo mío, os resignaréis, pues por amarga que sea la fatalidad, llevaréis á cabo una acción noble y generosa, y Dios recompensará semejante sacrificio. Esta recompensa será la felicidad de dos pobres huérfanas. — Os repito que no me habléis así; ignorando la fuerza del amor, queréis que renuncie á vuestra mano sin pensar que sois mi corazón, mi alma, mi vida, y exigiendo que me arranque el corazón, que reniegue de mí mismo y destruya con mis propias manos mi felicidad y mi existencia. Para mí sois el faro que me guía por el proceloso mar de la vida, y si me faltáis, me faltará todo: me veré sumergido en un abismo sin fondo. — Sin embargo, exclamó Mary con desesperado acento, ¿y si Berta os amase y yo nó? — ¡Ah! si no me amáis, si tenéis valor para decírmelo fijando vuestros ojos en los míos y trabando vuestras manos con las mías, todo habrá concluído. — ¿Qué haréis? — Una cosa muy sencilla: tan cierto como esas estrellas que brillan en el firmamento ven la pureza del amor que os profeso, tan cierto como Dios que las huella sabe lo eterno de este amor,

ni vos ni vuestra hermana volveréis á verme. — ¿Qué decís, desgraciado? — Que atravesaré este lago, para lo cual necesitaré diez minutos, y montando en el caballo que tengo en los juncas, me dirigiré al destacamento más cercano, en lo que invertiré otros diez minutos, y bastará que diga: soy el barón Michel de la Logerie, para que dentro de tres días me fusilen.

Mary lanzó un grito.

—Lo haré, Mary; tan cierto como las estrellas os miran y como Dios que á sus piés las tiene oye el juramento que hago.

E iba el joven á salir de la choza, cuando Mary que le cerró el paso asiéndole del brazo, cayó sin fuerzas á sus rodillas exclamando:

— ¡Michel! si me amáis como decís, atended á mis súplicas, y en nombre de este amor no matéis á mi hermana; ceded á mis ruegos y á mis lágrimas, otorgadle la vida y la felicidad, y Dios os lo tendrá en cuenta, pues mi corazón le pedirá todos los días que haga feliz á quien me ayudó á salvar á la que amo más que á mí misma. Olvidadme, Michel, os lo pido por lo que más amáis en el mundo. — ¡Dios mío! ¡cuán desgraciado soy! exclamó Michel mesándose los cabellos. — Sabéis, cruel, que me estáis pidiendo la vida? — ¿Sabéis que no podré sobrevivir á semejante desdicha? — Valor, amigo mío, valor, dijo la joven desfalleciendo á su vez. — Lo tendré para todo, menos para renunciar á vos; esta idea me arredra y desespera. — ¡Michel, amigo mío! haced lo que os pido, murmuró Mary con voz desfallecida. — ¡Pues bien!...

Iba á decir que sí, mas se contuvo, y prosiguió:

— ¡Ah! si á lo menos sufrierais como yo...

A esa exclamación de supremo egoísmo, aunque de supremo amor, fuera de sí Mary le estrechó entre sus crispados brazos y con voz cortada por los sollozos le dijo:

— ¿Te consolaría saber que mi corazón está tan desgraciado como el tuyo? — ¡Sí, sí! — ¿Crées que el infierno sería un paraíso si yo estuviese á tu lado? — Estoy pronto á aceptar una eternidad de tormentos con esta condición. — ¡Pues bien! exclamó la joven delirante, satisfecho estás, hombre cruel: yo también sufro como tú, también siento tus angustias, también muero desesperada al pensar en el sacrificio que el deber nos impone. — ¿Qué dices, Mary? — ¿me amas? — ¡Ingrato! ¡ingrato! ¡Ve mis lágrimas, mis tormentos, y



me pregunta si le amo!—¡Mary! ¡Mary! exclamó Michel exánime, ¿después de haber estado á punto de matarme de dolor, quieres hacerme morir de alegría?—¡Sí, te amo! ¡te amo! hora es ya de que salgan de mi pecho estas dos palabras que hace tanto tiempo me ahogan. Te amo tanto, que á la idea del sacrificio que hemos de hacer, moriría contenta en el momento de confesártelo.

Y mientras hablaba, como atraída á pesar suyo por una fuerza magnética acercaba Mary su rostro al de Michel, quien la contemplaba extático.... Pero levantándose vivamente, rechazó al barón, y, sin transición alguna, prorumpió en llanto.

En esto entró Rosina.

#### XIV

EN DONDE CREYENDO EL BARÓN APOYARSE EN UNA CAÑA  
ENCUENTRA UNA ENCINA.

Sola, sin apoyo alguno y por lo mismo á la discreción de su amante, comprendió Mary que el Señor venía en su auxilio, y acudiendo presurosa al encuentro de Rosina, preguntóla:

—¿Qué hay, muchacha?

Y llevóse la mano á los ojos para enjugar las lágrimas y á la frente para ocultar el rubor.

—Señorita, contestó Rosina, me pareció oír el rumor de unos remos.—¿Hacia dónde?—Hacia San Filiberto.—Creía que sólo había la lancha de tu padre.—Hay además la del molinero de Grandlieu, y aunque está medio desfondada, de ella se habrán servido para llegar hasta aquí.—Buéno, dijo Mary, voy contigo.

Y sin hacer caso de Michel que le tendía las suplicantes

manos, salió Mary de la choza para afirmarse en su primera determinación, y tras ella Rosina.

Quedóse solo y anonadado Michel, comprendiendo que con alejarse Mary perdía su felicidad, pues no le quedaba esperanza alguna de retenerla, y que nunca más semejante embriaguez daría lugar á la manifestación que acababa de oír.

En efecto, cuando Mary volvió, después de haber escuchado en todas direcciones, sin oír más que el murmullo del agua lamiendo mansamente la orilla, encontró al manco sentado encima de los juncos con la cabeza apoyada en las manos. Creyóle calmado cuando en realidad estaba abatido; llegóse al barón, quien al oír sus pisadas alzó la cabeza, y viéndola tan reservada como exaltada había estado antes, tendióla la mano diciendo tristemente:

—¡Mary, Mary!—¿Qué hay, amigo mío?—En nombre del cielo, repetidme esas tiernas y embriagadoras palabras; repetidme que me amáis.—Os lo repetiré cuantas veces queráis, si el conocimiento de que mi ternura sigue con solitud vuestros sufrimientos y esfuerzos puede prestaros valor y fortaleza.—¡Cómo! exclamó Michel desesperado. ¿Aun pensáis en esa cruel separación? ¿Queréis que después de estar convencido de mi amor con la certeza de que me amáis, me entregue á otra?—Deseo que los dos llevemos á cabo lo que considero como un deber, amigo mío, á cuyo efecto os he abierto mi corazón, para que me imitéis á sufrir, conformándoos con la voluntad del Altísimo. Estamos separados por un conjunto fatal de circunstancias, las cuales nos imposibilitan unirnos.—¿Por qué? Yo no he contraído compromiso alguno, y nunca he dicho á Berta que la amase.—Pero ella me dijo que os amaba, la noche en que os encontrasteis en la cabaña de Tinguy.—Las tiernas palabras que aquella noche le dirigí, á vos iban encaminadas.—Amigo mío, Berta podía engañarse muy fácilmente, y por lo tanto no es extraño que cuando regresé al castillo me dijese en alta voz: le amo. Amaros no es más que un tormento; ser vuestra sería un crimen.—¡Dios mío! ¡Dios mío!—El nos dará fuerzas para sobrellevar las consecuencias de nuestra mútua cortedad. No os la echo en cara, pues no estoy resentida de vuestra pusilanimidad cuando era tiempo de reparar el error; mas no me causéis el remordimiento de haber contribuido á labrar la desgracia de mi hermana.—